

Tres poetas condenados al desquite del espacio que nos ha tocado vivir

¿Qué dirán los poetas viejausanza? Luna Vásquez, por ejemplo. ¿Qué dirán todos ellos? ¿Cómo juzgarán este tiempo de tanta coca cola y teveguía? ¿Cómo entenderán a estos poetas profilácticos y peñaditos a blouer de estos días? ¿Cómo llegaran a percatarse de lo que esconden en su jerigonza los jevitos del poetismo actual?

Pensarán, con nostalgia. Maldecirán de su tiempo. Querrán volver a nacer de nuevo. Quizás no. Pero de seguro les dolerá en las espátulas del pecho el ver que en estos tiempos hay más facilidades para publicar, aunque no exista la mentida editora nacional que, a la larga, no sería otra cosa que lanacional de unos cuantos pero, sería bueno saber, me gustaría.

Mientras tanto, en lo que logro encontrarme con don Manuel Luna Vásquez, veamos qué piensan estos “puñitos rosados” de nuestra literatura, qué escriben, qué leen, por dónde andan. Metámonos con ellos en un sitio de madre –sé lo que están pensando, ahí no-, en una cafetería de El conde. Pidamos un café, otro café y unas tostadas con Víctor Bidó, José Alejandro Peña y José Ignacio de la Cruz y Cruz.

—Para mí, la poesía es un medio de escape a la realidad que vivimos, ya que la realidad se nos presenta de un modo aterrador –comienza el diálogo José Ignacio. Limpia meticulosamente la cucharita. Se sirve dos, mueve y remueve el café. Un sorbo. Otro-. La poesía, al nacer, finge la existencia y lleva a otra realidad.

—Yo, por el contrario –interrumpe Bidó. Chupa su mentolado. Sorbito de café. Se pasa la mano por la cara-, entiendo que la poesía viene siendo algo así como integrar al individuo (el yo) con el elemento cósmico que integra todas las partes.

—¿Quién pidió un jamón y queso? –pregunta Abreu, se derrama el lechosa con leche sobre la libreta y el mozo busca un pañito rojo, limpia y se va.

—Yo, sin embargo –taciturno José Alejandro, pensativo, como buscando la palabra adecuada para completar la frase-, creo que la poesía es un encuentro con el lenguaje que, a su vez, vendría a ser un encuentro con el hombre.

Comienza afuera una llovizna medio coja y bizca. Una muchacha morena se cubre con su cartera, pasa rozándonos con diez quilates de sus caderas. Aparece un palomito que quiere, aunque sea un pedacito de sanduí, algo, lo que sea. Y entonces alguien dice ¡poetas! gran vaina, ¿para que sirven? Y ahí mismo se trenzan nuevamente mis poetas (Bidó, Peña y de la Cruz) en una nueva discusión –tiempo que aprovechan tres moscas para rondar las tostadas y Bidó, mientras las espanta, plantea:

—Como utilidad, en el sentido de la practicidad, como uso, la poesía no sirve para nada, en sentido inmediatesta. Ahora, la poesía genera una utilidad más profunda cuando el que escribe deslumbra al prójimo, cuando despierta en él esa integridad humana que está dormida.

Por su parte, el palomito, que se ha quedado esperando algo, aunque sea una boronita, se queda mirando a Bidó, no entiende ni un carajo y parece como si pensara que un chin, cualquier pizquita de esos panes y esos jugos serían el mejor poema que él pudiera degustar en esta tarde de llovizna.

—La poesía –muy pensativo él, muy doctoral y seguro de sí, José Alejandro, habla y casi dicta porque, a decir verdad, al grabador se le dañaron las pilas y he tenido que recurrir al lápiz éste que

ya me cansa- sirve para enraizar al hombre a sus deseos más profundos y para enraizarse en los tiempos de cada hombre, haciéndolos enfrentarse con una nueva realidad.

José Ignacio se retuerce en la silla. Mira a la muchachona. Mira al palomito. Se decide, le da una tostada. Se limpia la garganta. Mira la llovizna que se acaba y disiente, o mejor dicho, opina o dice:

—No, yo creo que para liberarse —espanta la mosca con impublicables. Se rasca la cabeza. Enciende uno de los mentolados de Bidó-, la poesía en sí es una válvula de escape. Se destapa y, cuando se destapa, se lanza hacia todas partes. Se dispersa, buscando todo lo perdido, resumida en un poema.

La muchachona sale y se va (no sin antes soltar una mirada hacia la mesa en que estamos). El palomito decide tratar de comprendernos. Ha hecho estómago para meterse por los vericuetos de la poesía, el poema y estos poetas de ahora que no han tenido que pasar las crujías de un Moreno Jimenes, de un del Cabral o de un Valerio, desamparado en el veintiocho. Estos poetas de la era del merengue vía satélite que no han sufrido necesariamente la amargura del silencio y el olvido.

Y, mientras sigue la discusión, sigo en mi disquisición. Los poetas de ahora son de otra pasta, han bebido en tantas fuentes y están expuestos a otros vientos. Los poetas viejausanza llegaron al siglo cuando apenas del inglés balbuceábamos el estraijuan o el dobleplei. No tuvieron a mano ni siquiera la idea de la minifalda ni les llegó en tropel todo ese cine, esa radio, el cable y los peores vicios de las grandes urbes.

Los poetas de ahora, es cierto, no beben vino pero tampoco le canta a la luna ni se enamoran de lo que no pueden ver ni tocar; los de ahora van al grano, a lo seguro. Aquellos se andaban con rodeos y eran presa fácil de la sífilis, la tuberculosis y la más vieja de todas: el hambre. Los de ahora están más cerca de la paliza de un marido celoso, o de algo más poético y tierno como un balazo. Los poetas de ahora, indiscutiblemente, tienen mejor suerte: están vivos y son bien vivos.

(Hace su entrada Abil. Saluda. Anda apurado, siempre con sus proyectos, pero antes pide un café y lo degusta gustoso junto a los poetas. Se va. Con Abil se van las últimas luces de la tarde. Un motorista espanta el poquitín de silencio que traía la noche. Ahora, todo se interrumpe. La expectación llena la cafetería. Los mozos se arremolina, los parroquianos meten ruido por cada esquina. Chocan sillas y mesas, una o dos trazas de café que se vuelcan. Nada. Otra despampanante chica que parece no darse ni cuenta de la conmoción que acaba de originar y es cuando me decido a volver a la mesa y oír de lo que hablan mis poetas, que, dicho sea de paso, han consumido más cafés y jugos que un carro de ocho cilindros...

—¿El colmo de la miseria? Haber llegado —aquí nos encontramos con un José Alejandro transmutado, totalmente atosigado de café y humo, no el pensativo y comedido del principio, un José Alejandro más Peña-, a la incompreensión de nuestros deseos originales y no haberlos refutado nunca. No haber obtenido una visión clara y profunda (evolutiva) de nuestra realidad y, en particular, de mi realidad íntima.

—Para mí es más sencillo. Es humillarse —increpa José Ignacio.

—Yo considero que el colmo de la miseria —tose Bidó. Apaga el cigarrillo. Sotoserríe- es no tener esperanza.

Y aquí es donde entro y comienzo a preguntar, y nos sentamos a la mesa a pintar la realidad con sus colores verdaderos. Pasan por nuestras armas los neo analfabetos. Acribillamos la atomización, la desaprobación del silencio cómplice. Alguien gritó y dijo que en este país es más importante que Vickiana se haga un permanente –en el ámbito de los medios de comunicación, de noticia- a que cualquier escritor publique un libro, haga aportes a la cultura local y mundial. Y ahí, precisamente, retomo el asunto. Pienso en que había quedado de hablar con José Alejandro Peña, Víctor Bidó y José Ignacio de la Cruz y Cruz porque habían puesto recientemente a circular sus libros de poemas en Casa de Francia.

Víctor Bidó, nacido en Santo Domingo el 23 de mayo de 1959. Budista, lucha por la iluminación individual y la consecución de la paz mundial. Su primer libro, Cuaderno de condenado, recoge una serie de trabajos de un nivel altamente trabajado “para la armonización de mi individualidad con el universo”.

Por su parte, José Alejandro Peña nació el 9 de Julio en Santo Domingo (¿?). Ha publicado tres libros: Poemastros (1984), Iniciación final (1984) y este último, El soñado desquite (1986), viene a ser un enfrentamiento del poeta con su otro yo en la búsqueda de un lenguaje poético que alcance a todo el hombre.

El espacio Cortado es el primer libro de José Ignacio de la Cruz y Cruz, nacido el 19 de noviembre en Santo Domingo. José Ignacio se propone, con su poesía, “sacudir el insomnio de los hombres que denigran la faena del poeta...”

Ellos tres, los tres, tan diferentes, tan únicos. Ellos mismos. José Ignacio, el más joven. José Alejandro y Víctor Bidó, budistas ambos. Los tres, poetas de ahora. Diferentes, tan distintos como dos gotas de agua. Tan comprometidos con sus creencias, con su trabajo. Poetas de este tiempo que saben que nadie puede enfermarse de inutilidad o esperar del gobierno una pensión. En eso quizás se diferencian de los otros. Es hora de pagar lo consumido y es hora de lanzarnos a la noche con las pestañas en salmuera.

(El Nuevo Diario 6 de setiembre de 1986).